EDITORIAL

Superación del irracionalismo

Así como la corriente alterna va constantemente saltando entre los dos polos eléctricos, así en todas las cosas humanas el avance suele provenir del equilibrio que supera la oscilación entre los extremos; el retroceso en cambio frecuentemente proviene de dejarse caer ya en uno, ya en otro de los dos polos opuestos.

Sucede como con las virtudes cardinales en las cuales se cae en el vicio ya por exceso, ya por defecto: la fortaleza, por ejemplo, oscila entre la pusilanimidad y la temeridad. Sólo las virtudes teologales, porque su objeto es infinito, Dios, no tienen límite impuesto por su objeto, y no se incurre en vicio por mucho que se intensifique la tendencia a él.

El mismo fenómeno de la sabia mediedad se da en la Filosofía. Es difícil tener el necesario vigor y la cabeza bien sentada, para estar firme entre el balanceo en ambos sentidos.

Hace unas décadas, era sobre todo el racionalismo el mal que causaba estragos. Ahora, todavía permanece en muchas ocasiones, es verdad; pero en estos momentos es más destacado el otro extremo, es decir, el irracionalismo.

Se manifiesta de mil maneras: por ejemplo, en la enseñanza de la Psicología, que paliada con el equívoco nombre de Antropología no se levanta más arriba de una mera zona experimental. Es muy conveniente la experimentación, pero no lo es todo. Con ella sola no se llega nunca al nivel de los principios supremos, que por estar más alejados de la experimentación son más difíciles de captar con firmeza y objetividad, pero por lo mismo extienden el ámbito de aplicación a zonas más profundas a que la mera experimentación no llegará nunca.

Sin embargo en España corremos cada vez más el riesgo de rebajar la Psicología desde el alto nivel de ser parte de la Filosofía

racional, a la categoría de una ciencia empírica o especie de Psicología experimental, aunque se le dé otro nombre.

Lo mismo nos pasa con la Metafísica, que va quedando cada vez más arrinconada ante la balumba de otras disciplinas (Sociología, Filosofía de la Historia, Estética, etc.), que acaparan la atención del alumno de un modo preferente, por lo menos por su volumen. No es mi intención desconocer el interés de la Estética; ni quiero negar el de la Filosofía de la Historia, ni el de la Sociología, o la ayuda que dan los estudios metodológicos; sólo quiero hacer observar que sin darnos cuenta vamos resbalando hacia un empobrecimiento racional.

A pesar de todo se comprende fácilmente este fenómeno. Son tantos los excesos que se han cometido con el nombre de la razón, son tan fantásticas e infundadas las «construcciones» que como castillo de naipes se han levantado con ella, que no pocas veces los filósofos sienten náuseas por lo que ven inconsistente (por ejemplo en la filosofía postkantiana, que a veces ha sido tan racionalista) y entonces en vez de enderezarla quedando con un uso recto de la razón, sereno y equilibrado, la cercenan.

Pero no ven a qué se condenan con ello: no sólo se condenan a quedar mudos ante los grandes principios y sus inmensas zonas de aplicación, sino que incurren en el gran engaño de imaginar que han eliminado de su disciplina toda ingerencia metafísica. No es así; queda latente la Metafísica; pero es otra clase de Metafísica, la vergonzante y larvada, que regirá secretamente sus raciocinios y que por ser larvada e incontrolada no les permite que sea examinado el acierto o desvío de sus normas.

Por algo Aristóteles en el Protreptikós, observó (como se nos ha conservado en uno de los fragmentos, ampliamente citado por escritores posteriores): «Es preciso filosofar, pues hasta para establecer que no hay Filosofía, se está filosofando». Así se podría decir: es indispensable hacer Metafísica, pues el que establece y demuestra que no hay que emplear la Metafísica, ya está suplantándola con otra clase de Metafísica, la que él entonces teoriza.

Así sucedió por ejemplo en el último Congreso Internacional, el de Venecia, en que los marxistas expusieron metafísicamente lo que querrían fuera eliminación de la Metafísica.

No incurramos nosotros en este engaño, como nos pasa tantas veces cuando inconsideradamente nos ponemos a remolque del extranjero. Admitamos enhorabuena lo bueno y lo mejor que allí hay; pero no nos encandilemos con espejismos de un día, como sucede a la gente que viene sin tradición y sin peso: constantemente ha de rehacer el camino emprendido, desautorizar lo que por moda de un día había coreado, y finalmente encontrarse constantemente sin norte y sin vigor.

Hace poco un Profesor de Europa central nos decía: «dadnos vuestra grande Metafísica, porque estamos hambrientos de ella, después de tanto positivismo y empirismo que nos ahoga».

Esta fué una de las lecciones del reciente Congreso Internacional Conmemorativo del IV Centenario de la fundación de la Universidad de Evora, la cual suscita con su nombre el recuerdo de aquella época en que la especulación hispanolusitana abrió ante el mundo atónito el esplendor de unas teorías filosóficas y teológicas, que siguen en todo su vigor, y no fueron vencidas, sino olvidadas por nuestra inercia, mientras en otras partes la exageración de lo racional hasta el racionalismo (Descartes, Espinosa, Leibniz, Wolff...) preparaba el balanceo al irracionalismo (Locke, Berkeley, Hume,...) y como casi siempre en tales casos, a un frustrado afán de superación (Kant) con el consiguiente escepticismo de lo racional y empirismo avasallador en que estamos sumergidos hoy.

En la tradición de lo mejor de la Filosofía Escolástica, en la cual cual el inevitable balanceo entre los dos influjos opuestos nunca llegó a hacerle olvidar las directrices supremas y fundamentales sino que quedó dentro del ámbito de cuestiones de escuela, tenemos los españoles un auténtico tesoro para el futuro esplendor, que en mala hora hemos desconocido y abandonado.